

*Abdelmumin Aya*

# EL ARAMEO EN SUS LABIOS

SABOREAR LOS CUATRO EVANGELIOS  
EN LA LENGUA DE JESÚS

FRAGMENTA EDITORIAL

*A Xabier Pikaza,  
que me invitó a volver al Evangelio*

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL, S.L.L.  
Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª  
08024 Barcelona  
www.fragmenta.es  
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 17

Primera edición MARZO DEL 2013

Producción editorial IGNASI MORETA  
Producción gráfica INÈS CASTEL-BRANCO

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2013 ABDELMUMIN AYA  
www.vicentehaya.com  
por el texto

© 2013 FRAGMENTA EDITORIAL  
por esta edición

Depósito legal B. 2.490-2013  
ISBN 978-84-92416-70-7

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

## ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
<i>Siglas</i>	19
<i>Aclaración previa</i>	21

### Primera parte EL DIOS DE JESÚS

1	Los Nombres de Dios	25
2	El reinado de Dios	33
3	El califato del ser humano	37
4	La Gloria de Dios	41
5	El Trono de Dios	45

### Segunda parte ¿«SALVACIÓN» O «SANACIÓN»?

6	La fuerza de Dios	53
7	La fertilidad de Dios	57
8	La Vida de Dios	63

## Tercera parte

## EL PARAÍSO ES DONDE YA ESTAMOS

9	Resucitar por la Palabra	69
10	La muerte	75
11	El Espíritu	79
12	El cuerpo	83
13	El mundo y la eternidad	85
14	El Jardín	93

## Cuarta parte

## LA DIMENSIÓN CÓSMICA DE JESÚS

15	Siervo de Dios	99
16	Profeta de Dios	103
17	Luz de Dios	105
18	Santo de Dios	109

## Quinta parte

## LA PROPUESTA MÍSTICA DE JESÚS

19	El amor de Dios	115
20	El corazón	125
21	La visión de Dios	129
22	La consumación	133

	<i>Conclusión</i>	137
--	-------------------	-----

## PREFACIO

HAY UN LUGAR NATURAL de encuentro para musulmanes y cristianos. Y ese lugar es la palabra de Jesús. Pero hay que acondicionar el lugar. Los musulmanes tendrán que hacer un esfuerzo por aceptar la veracidad de las palabras de Jesús que no aparecen en el Corán sino en los Evangelios; pero los cristianos deberán hacer un esfuerzo por familiarizarse con la lengua de Jesús, el arameo. Hay que encontrarse, entre las dos orillas, a mitad del puente.

Este encuentro no debe realizarse en otro ámbito más que en aquel en que cada una de las dos religiones sea ella misma: el islâm deberá dejar de explicarse a sí mismo con términos que recuerden al cristianismo, y el cristianismo deberá aprender a expresarse sin recurrir a los conceptos aprendidos de Grecia. Por eso, el lugar ideal de encuentro entre las dos orillas son los Evangelios en arameo.

Ciertamente, escuchando a Jesús hablar en arameo el musulmán se halla más cómodo que el cristiano, por la gran cercanía del árabe y el arameo. Pero no cabe duda de que, usando los cuatro Evangelios en lugar del Corán, el cristiano se siente más cómodo que el musulmán. Todo verdadero diálogo tiene más de esfuerzo —de *jihad*, en el sentido literal— que de gozo y consuelo; pero los frutos son siempre exuberantes.

Aunque hasta ahora no hayan aparecido Evangelios escritos originalmente en arameo, veremos que hay modos de tener acceso a la lengua que habló Jesús, en la cual se expresaban las cosas de una forma muy concreta. Las meras palabras en la cosmovisión semita son capaces de decir mucho acerca de sí mismas. Puede ser el momento de escuchar a Jesús decir en su propio idioma *Dios, misericordia, mundo, salvación, santidad, corazón, amor, bendición, poder, gloria, cuerpo, testimonio*, etc., y comprobar cómo estas palabras nos evocan en arameo sensaciones completamente diferentes de las que despiertan en nuestra lengua.

Hacia fines del siglo II, Taciano compone en arameo una vida de Jesús denominada *Diatessaron*, que fue unánimemente utilizada y citada en sus textos por los Padres de la Iglesia de habla siríaca hasta mediados del siglo V; contamos con muchos de sus fragmentos en el *Vetus Evangelium Syrorum*,<sup>1</sup> pese a que no nos quede ninguna versión original. Desde los años 615-616 tenemos una versión aramea de la Biblia completa, editada en Egipto por Tomás de Heraclea y basada en un texto anterior preparado por Filoxeno de Mabug y revisada más tarde por el corepíscopo Policarpo, que se cita corrientemente como *Pshīttā*, y que es la que usan hasta el día de hoy las Iglesias cristianas orientales de rito siríaco, tanto las católicas como las separadas de la Iglesia de Roma. Mis conclusiones van a ser el resultado de la lectura y estudio de esta versión bíblica —la *Pshīttā*—, cuya exégesis realizada desde el islám considero metodológicamente tan legítima como la de toda la homilética católica de rito siríaco.

<sup>1</sup> *Vetus Evangelium Syrorum*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1967.

Nadie sabe con certeza si la *Pshīttā* (cuyo Nuevo Testamento es el que la Iglesia ha reconocido como canónico, pero en versión aramea) reproduce fielmente ni en qué medida las palabras que Jesús pronunció, pero lo que sí sabemos es que en la *Pshīttā* Jesús se reconcilia con las tradiciones hebrea y árabe: en la *Pshīttā* se puede escuchar cómo Jesús se expresa de un modo fiel a la cosmovisión semita a la que perteneció, y ello nos parece una razón más que suficiente para usarla como texto base de nuestra hermenéutica.

La sola maravilla de poder escuchar a Jesús hablando en arameo —siempre que se trate de un texto avalado por alguna de las Iglesias cristianas— sería ya motivo de sobra para permitir la exégesis que hemos acometido, porque las palabras de Jesús en arameo tienen un acento propio que no puede sino enamorar a todo aquel que las escucha. Lo que Jesús dice en arameo es siempre más dulce y, al mismo tiempo, más claro y contundente, que lo que leemos en las traducciones del Evangelio realizadas a partir del griego o el latín. Veamos un par de ejemplos entre los muchos con que vamos a encontrarnos a lo largo del libro. Cuando Jesús se acerca al Jordán y pide a Juan que lo bautice (Mt 3,13-15), este en principio se niega respondiéndole que es él quien tendría que ser bautizado por Jesús. ¿Y Jesús qué le contesta? Sin ánimo de ser exhaustivo, en algunas versiones de los Evangelios en nuestra lengua leemos:

EUNSA Déjame ahora, así es como debemos cumplir nosotros toda justicia.

BLPH ¡Déjalo así por ahora! Es menester que cumplamos lo que Dios ha dispuesto.

Pero en la *Pshittā* Jesús le dice: *Shwoq hāshā hājannā gēr yā'ē lan danmallē kullāh ke'nuṭā*.

*Shwoq*: verbo «abandonar, dejar, permitir, perdonar» [Raíz: SH-B-Q]. Está en imperativo, segunda persona del singular masculino, forma *pael*.

*hāshā*: adverbio: «ahora, pronto».

*hājannā*: adverbio enfático: «así, de este modo».

*gēr*: partícula «pues, por ello, verdaderamente, desde luego».

*yā'ē*: adjetivo masculino singular absoluto: «hermoso» (Jud, CPA, Sam, Syr, JBA), «sabroso» (Syr.), «apropiado» (Jud, Syr, JBA, LJLA).

*lan*: preposición monolítica *L\_* («a, para») + sufijo de primera persona plural, género mixto.

*danmallē*: *d\_* partícula «que» + verbo en tiempo imperfectivo, forma *pael*: *mallēl* («completar, llenar»). Raíz: M-L-'.

*kullāh*: partícula cuantitativa (*kul*, *kol*, *kullā* o *kollā*): «todo, cada, entero, enteramente» + sufijo en tercera persona, femenino, singular.

*ke'nuṭā*: sustantivo femenino singular enfático de *kēn*: «justicia, honradez, verticalidad, piedad, rectitud».

Así que, traducido desde al arameo, lo que le habría contestado Jesús sería más bien: «Permite por ahora que sea así de hermoso para nosotros, los que completamos la justicia por entero.»

No es que el mensaje sea radicalmente distinto que el de algunas de las mejores traducciones que pueden encontrarse en nuestra lengua, pero el tono cambia y el sabor es mejor. Jesús habla al Bautista con mucha dulzura e incluye la decisión que tome Juan en la belleza de lo que está ocurriendo. No es un frío «Así debe hacerse» o un arrogante «Déjame

ahora»... No, no hay duda de que podemos acercarnos a la personalidad de Jesús —y, desde ella, a su corazón— a través del acento de sus palabras.

Más claro aún puede resultar el pasaje de la curación de la hemorroísa en Lc 8,48. La frase de Jesús, tal como se traduce en los Evangelios en castellano, ha quedado fijada en «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz». En arameo, lo que dice Jesús es: *'Eṭlaw brati haimānoṭej 'ahyaṭej ṣel bashlāmā*.

Veamos término a término la diferencia entre lo que nos ha llegado y lo que Jesús pudo decir:

- 1 En primer lugar, en arameo aparece una palabra importantísima, *'eṭlabi*. *'Eṭlabi* podría traducirse por un más que sobrio «ánimo», pero, si quisiéramos respetar el sabor auténtico de su raíz (L-B-B), este *ánimo* debería estar enriquecido con algo semejante a cuando en nuestra lengua decimos «echarle corazón a algo». Y este término se ha perdido en la traducción de casi todas las versiones católicas y protestantes que hemos consultado.
- 2 En segundo lugar, el tema de la salvación aquí no tiene sentido alguno. La hemorroísa no ha ido a Jesús a buscar la salvación de su alma sino a evitar esa cantidad de muerte que conlleva toda enfermedad. Y por eso Jesús le dice «tu fe *'ahyaṭeji*» literalmente «te ha dado vida», usando la raíz verbal de *hayyā* ('vida').
- 3 En tercer lugar, la palabra *fe* podría valer o no, dependiendo de qué estemos entendiendo por *fe*. Si pensamos que la fe es esa virtud sobrenatural por la que aceptamos una serie de dogmas que nos son requisito para la salvación, esto dista mucho de la *haimānoṭa* de la que habla Jesús. La *haimānoṭa* es la 'firmeza', la seguridad que nos afianza en la existencia y que solo puede estar enraizada en Dios.
- 4 En cuarto lugar, la traducción «Hija» no puede contener los matices de la palabra que Jesús está usando cuando dice *brati*. En arameo, la palabra *bratā* es muy íntima y entrañable; sig-

nifica ‘hija, pequeña, bolita, huevo, baya, semilla’.<sup>2</sup> Aunque en arameo, como en cualquier otro idioma, cada palabra deba traducirse del modo que mejor se adecue al contexto, todo aquello que el término connota y que no produzca estridencias en la mente del que lo escucha se permite como una especie de telón de fondo que resalta el perfil de lo que se presenta en primer plano.

En resumen, *’Eṯlaw brati haimānoṯej ’aḥyaṯej ṣel basblāmā* ejemplifica bastante bien la cantidad de ternura que Jesús es capaz de poner en tan solo seis palabras. Contrasta la repulsión que la enfermedad de esta mujer despierta en una sociedad como la de Jesús con la cercanía, el cariño y el respeto que él demuestra por la mujer: le elogia la seguridad en Dios que tiene, le recomienda que siga poniéndole corazón a las cosas, y la llama «mi *bratā*», aunque era una perfecta desconocida. Hay una distancia abismal entre la frialdad de «Hija, tu fe te ha salvado» y «Le has echado corazón, niña mía, tu firmeza te ha dado vida».

Del griego al arameo (y, más aún, del latín al arameo) no es solo el acento lo que cambia. En ocasiones, incluso el mensaje cambia por completo y se vuelve incomprensible en cualquier otra lengua que no sea la original. Por poner solo un ejemplo: ¿qué es más probable?: ¿que Jesús pasase hambriento al lado de una «higuera bravía», que en arameo se dice *taubā*,<sup>3</sup> una higuera que no daba higos porque no

<sup>2</sup> Cf. Carl BROCKELMANN, *Lexicon syriacum* LS2: 192[93]; Michael SOKOLOFF, *A Dictionary of Jewish Palestinian Aramaic*: 111a; Thomas AUO, *Treasure of the Syriac Language*, 1:107; Hassano BAR-BAHLULE, *Lexicon Syriacum*: 407.

<sup>3</sup> Cf. Carl BROCKELMANN, *Lexicon syriacum* LS2: 1626[818].

estaba cultivada o no era tiempo de higos, y enfadándose con ella la maldijera, y la higuera se secase?, ¿o que estemos ante una parábola que aproveche la doble acepción que en arameo tiene la palabra *taubā* (‘higuera bravía’ y ‘arrepentimiento’), y que de lo que estuviera hablando Jesús fuera del falso *arrepentimiento* (*taubā*), el arrepentimiento de los hipócritas, que no da fruto, y que por tanto es como la madera de un árbol estéril de la que solo podemos esperar que nos caliente cuando, ya seca, se echa al fuego? El contexto del pasaje (acto seguido se va al Templo a expulsar a los mercaderes) avalaría esta intuición.

Hoy, citar el Evangelio en latín en homilías o en obras de teología ha quedado obsoleto. El recurso más novedoso de los eruditos cristianos es alimentar sus intuiciones exegéticas y sus explicaciones de sentido con etimologías griegas. Pero lo cierto es que las versiones griegas del Evangelio no acaban de ser ese grito de la existencia que los creyentes de las tradiciones semitas identifican como Palabra de Dios.<sup>4</sup> Es verdad que las traducciones griegas de las palabras de Jesús surgieron de ambientes fuertemente arameizados y que pueden captar algo del arameo que está en el fondo de ellas, pero para eso deberían ser traducidas de nuevo a las lenguas vernáculas. No sería necesario traicionar el significado más original de estos términos griegos para reconducirlos hacia lo semita, sino elegir, entre las posibilidades que el griego clásico nos

<sup>4</sup> La raíz de la palabra *Corán* existe en arameo, como en árabe, y uno de sus significados es ‘gritar’, como en Mc 15,37 («y *gritó* Jesús con una voz alta», reproducido en Mt 27,50 o Lc 23,46), en Lc 16,24 («y, *gritando*, dijo: “Padre Abraham, ten compasión”»), en Mc 23,18 («la multitud *gritaba*»), en Mc 6,49 («*gritaron* pensando que era un fantasma»), etcétera.

dé, las que mejor se adecuen a la cosmovisión semita.<sup>5</sup> Pero,

<sup>5</sup> Por poner solo unos ejemplos, extraídos del libro de William BARCLAY, *Palabras griegas del Nuevo Testamento*, Casa Bautista de Publicaciones, [El Paso], 1977:

\* La palabra *hamartia* —lo que se traduce por «pecado»— significa literalmente ‘equivocación’, ‘errar el blanco’, como cuando se dispara una flecha y no se acierta; o como cuando hemos fallado al realizar un plan o nos hemos equivocado al coger una carretera. En griego clásico este vocablo está siempre conectado con alguna clase de fallo negativo, más que con algún tipo de transgresión positiva.

\* La palabra *exaleifein* —lo que se traduce por «expiación»— significa literalmente ‘limpiar completamente’. En griego clásico se usaba, por ejemplo, con el significado de ‘blanquear la pared de una casa’; Heródoto (7.39) nos dice que los etíopes *pintaban (exaleifein)* su cuerpo, mitad con yeso, mitad con bermellón, antes de ir a la batalla. En uno de los papiros contemporáneos al Nuevo Testamento escribe un hombre: «No pude leer tu carta porque había sido *borrada (exaleifein)*».

\* Habría que replantear, asimismo, la idea de «perdón de los pecados» como fiel traducción de todo lo relacionado con *lutron*. En el griego clásico, *lutron* es ‘el precio de la libertad de un siervo’; por ejemplo, leemos en un papiro: «He dado a Helena su libertad, y he recibido *hiper lutron autés* (como importe por su rescate)...». El rescate del cuerpo de un cadáver muerto en batalla también se denomina *lutron*; así, el título de la rapsodia XIV de la *Iliada* es *Lutra Hektoros* (El rescate de Héctor).

\* La idea de «Salvación» que pretende traducir *soteria* merece también cierta matización: originalmente, *soteria* significaba ‘liberación’ o ‘preservación’. Se usaba, por ejemplo, cuando un hombre volvía «sano y salvo» a su casa, o a su país, después de haber estado ausente un tiempo. En los papiros, el significado más común de *soteria* es con mucho ‘salud corporal’. Por ejemplo, un miembro de cierta familia escribe a casa y dice: «Escribidme acerca de vuestra *soteria*», es decir, cómo se encuentran de salud y de todo lo demás en general. Más que «Salvación» estaríamos refiriéndonos a una ‘seguridad contra cualquier posible peligro o daño’.

\* La ‘devoción’, la ‘piedad’, si quiere traducir el término *eusebeia*, tendrá que contemplar su significado primero de ‘lealtad’. Describe, por ejemplo, Claudio un regalo que le habían hecho como «prueba de *eusebeia*»; Nerón convoca a los griegos a reunirse con él en Corinto «para

aunque algún día esta tarea llegara a realizarse, nunca nos permitiría bucear en los Evangelios como en ese océano de vida que es la lengua madre de una revelación; no conseguiríamos escuchar la voz del Dios de Jesús —a través de él— siglos o milenios después de que fuera oída por primera vez. Gracias a una buena traducción de una revelación podemos extraer algunas informaciones, ciertas pautas de vida, todo lo más; pero sin el timbre de esa revelación en su idioma original, sin su musicalidad y sin la cadencia de sus palabras, sin conocer los ecos interiores que produce cada término en las cavernas del sentido, nuestra corporalidad —sobre todo nuestra corporalidad— permanecería ajena a esa revelación,

---

compensarlos por su *eusebeia*. Y no solo ‘lealtad a lo divino’: Platón, por ejemplo, habla de *eusebeia* para con Dios «y para con los hombres» (*República* 615c).

\* El término *leitourgia* (de donde procede en castellano «liturgia») literalmente es ‘servicio’, cualquier clase de servicio. Se usaba tanto para el servicio militar como para lo que hacían las bailarinas, flautistas o músicos contratados en un espectáculo (¡incluso para los servicios que prestaba una prostituta!). *Leitourgos* significa simplemente ‘obrero’. Una *leitourgia* es un trabajo, y todo trabajo es una *leitourgia*.

\* Cuando Pedro, en una de sus cartas (1 Pe 4, 10) habla de las gracias recibidas por Dios, las califica de *poikilos*; la traducción habitual que se da a *poikilos* es «diferentes» («diferentes gracias»). Pero *poikilos* es un término muy rico y alude a lo que está dotado de gran colorido. Se usa para el plumaje de las aves, la piel del leopardo, o también para una alfombra multicolor o un escudo bien repujado. Los dones divinos son *poikilos* porque aciertan a colorearse de modos diversos respecto a las realidades que vivifican...

En fin, son estos solo unos pocos ejemplos —a los que podrían añadirse *mesites*, *katallasein*, *splagchnizesthai*, *entugchanein*, *katartizein*, etc.— de cómo la terminología griega puede expresarse de un modo más plástico, más visual, y menos dramático y abstracto que como se ha venido haciendo hasta ahora.



y entonces dejaría de ser un mensaje para la carne y necesitaríamos fe para creer en ella y teólogos que nos la explicasen.

En todo el libro, el método que he seguido ha sido el mismo que se usa en el islâm para la exégesis del Corán: acercarse a cada palabra para ir abriendo a partir de ellas sus propios secretos. Esto pasa por el análisis filológico de cada término, identificando la raíz de cada uno, estableciendo sus vínculos con términos afines y descubriendo sus constelaciones de sentido, para ir así desgranando el potencial oculto de cada palabra.

Los términos del arameo de Jesús que he trabajado en este libro han sido agrupados en cinco grandes bloques:

- 1 El Dios de Jesús
- 2 ¿«Salvación» o «Sanación»?
- 3 El Paraíso es donde ya estamos
- 4 La dimensión cósmica de Jesús
- 5 La propuesta mística de Jesús

En definitiva, lo que he deseado con este texto ha sido acercar tanto a cristianos como a musulmanes al paladeo de esas palabras que la tradición nos dice que estuvieron en labios de Jesús, por amor de él y de su mensaje.

*Barcelona, 1 de junio del 2012*

## SIGLAS

- BH *Biblia*, Herder, Serafín de Ausejo (1975)
- BJ *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brower (1998)
- BLPH *La Biblia, la Palabra*, La Sociedad Bíblica de España (2011)
- BTX<sub>3</sub> *Biblia Textual*, tercera edición, Sociedad Bíblica Iberoamericana (2010)
- CB *Biblia*, la Casa de la Biblia (1966)
- EUNSA *Biblia de Navarra*, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (2008)
- JÜNEMANN *La Sagrada Biblia*, versión de los LXX traducida al español por Guillermo Jünemann (1992)
- LBLA *La Biblia de las Américas*, Lockman Bible Ministries (1997)
- NBE *Nueva Biblia Española*, Luis Alonso Schökel (1987)
- NT BAD *Nuevo Testamento Biblia al día*, Living Bibles International (1979)
- NVI *La Santa Biblia, Nueva versión internacional*, International Bible Society (1999)
- RCB *Nuevo Testamento Versión Recobro*, Living Stream Ministry (1985)
- TNM *Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras*, Testigos de Jehová (1987)

## ACLARACIÓN PREVIA

EL TEXTO EN LETRA *strangela* es del Codex Khabouris; por tanto, sin vocalizar. La transcripción del texto arameo está concebida para que cualquier lector hispanoparlante, sin unos conocimientos específicos de lingüística, pueda reproducir con la máxima fidelidad los sonidos del texto original.<sup>1</sup> Fijar una vocalización para el texto arameo no es tarea fácil, ya que este idioma se extendió durante más de tres mil años desde China o India hasta al-Andalus. El arameo fue la lengua de la diplomacia persa aqueménida, la del Talmud de Babilonia, la de los textos de Qumran, incluso la del *Zohar* ya en la España del siglo XIII... Me he inclinado por considerar la pronunciación oriental como la más fiel al arameo que pudo usar Jesús. Los musulmanes comparten la certeza de que la pronunciación es parte de la cortesía con el texto sagrado y que de ella depende un mayor o menor nivel de comunión con el mundo angélico. En cualquier caso, las conclusiones que se extraen en el libro se derivan de las raíces trílteras de las palabras y no de sus sonidos, y aquellas no cambian en las distintas áreas de habla aramea.

<sup>1</sup> Con muy pocas explicaciones previas: la doble *l* no se lee *ll*, sino como si estuvieran separadas por un guión; la pronunciación de la *ḏ* es como una *d* levemente ceceada; la de la *ṭ* sería como una *t* levemente ceceada; y la de la *ḡ* sería como una *g* que se acercara a la *j*.

No quisiera concluir esta breve nota previa sin agradecer al Hebrew Union College & Jewish Institute of Religion of Cincinnati (USA) la posibilidad de acceder a un análisis palabra por palabra de la *Pshīttā*, con los imponderables recursos añadidos de hasta siete diccionarios *online*. También deseo agradecer a Efrem Yildiz y Pius Alibek —ambos arameoparlantes de nacimiento— sus generosos consejos.

Primera parte  
EL DIOS DE JESÚS

# I

## LOS NOMBRES DE DIOS

ܠܐ ܡܫܝܚܝܢ ܥܘܠܡܝܢ ܠܐܠܗܐ ܠܡܝܘܢܐ ܘܠܡܡܘܢܐ

*Lā meshkḥīn 'nton l'Alāhā lmeplāḥ walmāmonā*

No podéis vosotros servir a 'Alāhā y a la Riqueza (*Māmonā*)

Mt 6,24

A TODOS NOS ES conocida la significativa denominación que da Jesús a Dios: *Abbā* ('Padre'); y, en un tono todavía más íntimo, «mi padre» (*Abbi*). Desde el islām, esta «paternidad de Dios» ha resultado siempre incomprensible, porque los árabes la entendieron en un sentido literal. Los musulmanes solo podrían asumir la denominación de *Abbā* recurriendo a lo que despierta en ellos Allāh en tanto que *al-Wakīl* ('el que protege y defiende') y —como mucho— en tanto que *al-Wadūd* ('el de intensa ternura'). Aunque tampoco es improbable que Jesús, al usar la palabra *Abbā*, le diera el sentido figurado con que se empleaba en la comunidad de Qumran (así como en el judaísmo de Babilonia), donde significaba 'creador, fuente'. Si fuera así, que Jesús hablaba como los de Qumran, el musulmán tendría licencia para escuchar «mi Creador» o «mi Fuente» todas las veces que un cristiano oye a Jesús decir «mi Padre».<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cf. Carl BROCKELMANN, *Lexicon syriacum* LS2: I [1]; Michael SOKO-

Pero *'Abbā* no es la única forma en que Jesús denomina a Dios. La mayor parte de las veces le llama como cualquier otro arameoparlante de su tiempo: *'Alāhā*. En la *Pshīttā* Jesús se refiere a Dios como *'Alāhā* en 163 ocasiones.<sup>2</sup> Y no solo Jesús: todos los personajes evangélicos, ya sean sus discípulos (Lc 9,20), su madre (Lc 1,68), Zacarías (Lc 1,68), Juan Bautista (Mt 3,9), los endemoniados (Lc 4,34), los fariseos (Mt 22,16) o cualquier persona del pueblo en general (Lc 23,40), si hablaban arameo —y es sabido que hablaban arameo— nombraban a Dios como *'Alāhā*. Y, en tanto que también otro tipo de criaturas o realidades espirituales como Satán (Lc 4,3) o el ángel Gabriel (Mt 1,23) debían hacerse comprender por arameoparlantes (o los diálogos en los que estuvieron incursos pertenecieron a la experiencia de estos), la única expresión completamente fiel a la comunicación que se produjo no puede ser más que en arameo, y por tanto también nos consta que la palabra *Dios* la tuvieron que decir de ese mismo modo: *'Alāhā*.

La similitud del arameo *'Alāhā* con el árabe *Allāh* es patente. Esto nos sitúa en un universo lingüístico muy distinto de aquel al que nos asoma el término *Dios*, *Deus* en latín y *théos* en griego, procedentes del indoeuropeo *dyaus*, que significa 'brillar a través'. *Allāh* (como *'Ēl*, *'Ēlōah*, *'Ēlah*, *'Ēlōhīm*...) procede de una raíz común a todas las lenguas semíticas que significa 'fuerza', 'potencia'. La mera pronunciación de uno y otro nombre (*Dios* y *'Alāhā*) nos revela algo

LOFF, *A Dictionary of Jewish Palestinian Aramaic*: 31; Marcus JASTROW, *Dictionary of the Targumim*: 2; R. PAYNE SMITH, *A Compendious Syriac Dictionary*: 1b; Thomas AUDDO, *Treasure of the Syriac Language*, 1:2.

<sup>2</sup> 27 veces en el Evangelio de Mateo, 32 en el de Marcos, 56 en el de Lucas y 48 en el de Juan.

de las naturalezas que mencionan: *Dios* es linguodental, exterior, silbante, fulminante como un rayo de luz; *'Alāhā* es un sonido profundo y abandonado, como una exhalación que sale de dentro, en cuya *hā* final mueres todas las veces que lo pronuncias. La simple verbalización de *Dios* y *'Alāhā* nos invita a saborear realidades distintas. Las posibilidades a que nos abren nuestras palabras no residen en las ideas con las que las sobrecargamos sino en ellas mismas, en su mera materialidad: sonido, trazo y sabor. Una vez que conseguimos devolver el nombre de *'Alāhā* a los labios de Jesús, nos disponemos a paladear la misma insondabilidad que él experimentaba al pronunciarlo.<sup>3</sup>

A veces, en la *Pshīttā*, este sustantivo (*'Alāhā*) va con el adjetivo *Uno* (*Ḥad*), que para los musulmanes es en sí mismo un Nombre de Allāh (*al-Aḥad*):

Nadie es bueno excepto el Dios Único (*Ḥad 'Alāhā*).

Lc 18,19

Tanto Jesús como los judíos de su tiempo, y más tarde los musulmanes, han predicado la unicidad divina como el atributo definitivo de Dios. Cuando un escriba le pregunta a Jesús cuál es el primero de todos los mandamientos, este le contesta:

<sup>3</sup> No obstante, para no enrarecer la lectura del libro, continuaremos usando en nuestro discurso la palabra *Dios*, que es con la que un lector cristiano está más familiarizado. Este modo de proceder se repetirá otras veces a lo largo del libro: dilucidamos cómo sería más adecuado traducir una palabra aramea en el capítulo que le corresponde, pero luego tenemos que volver a citarla como resulta más natural al lector en pasajes que corresponden a otra tríltera. De lo contrario, el texto se volvería vertiginosamente ilegible página a página.

Escucha, Israel: «El Señor, nuestro Dios, Él es el Señor Único (*Māryā 'Alāhan Māryā ḥaḏ hū*).»

Mc 12,29

Es, evidentemente, una referencia clara a Deuteronomio 6,4, donde leemos: «Escucha Israel: Yahweh 'Ēlōhîm es Uno (*Yē-hôwâh 'Ēlōhîm 'ehād*).»<sup>4</sup> Pero observamos que en este pasaje evangélico Jesús está empleando también otro Nombre de Dios: Dios es El *Māryā*. Como en:

Pero el día que salió Lot de Sodoma, El *Māryā* hizo llover fuego y azufre del cielo y los hizo perecer a todos.

Lc 17,29

Porque aquellos días habrá una tribulación cual no la hubo desde el principio de la Creación, que hizo Dios, hasta el presente, ni la volverá a haber. Y si El *Māryā* no abreviase aquellos días, no viviría nadie, pero en atención a los elegidos que él escogió, ha acortado los días.

Mc 13,19-20

Pero él les dijo: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando sintieron hambre él y los que le acompañaban, cómo entró en la Casa de Dios y comió los panes de la mesa de El *Māryā*, que no le era lícito comer a él, ni a sus compañeros, sino solo a los sacerdotes?»

Mt 12,3-4; también Mc 2,26 y Lc 6,4

Los musulmanes reconocen la trilitera a que se está haciendo referencia porque es la misma que empleamos para nombrar Allâh como *al-Amîr*, y sabemos que es necesario

<sup>4</sup> La expresión «Él es único y no hay otro aparte de Él» (*ḥaḏ hu ulait 'ḥrîn lḥar menneh*) cualquier musulmán la paladearía en su corazón como *Allâh wâhidun wa laisa ajaru siwâh*.

enriquecer con algunas explicaciones la traducción de «Señor». En árabe, la palabra *amr* significa 'mandato creador, orden de Allâh'. La existencia tiene lugar desde «el mundo de la orden», el '*âlam al-amr*. Si se quiere relacionar ese *amr* con el *Logos* de los griegos o con el *Verbum* de los latinos, habrá que aclarar que, en árabe, *amr* no es solo algo que se dice; es también algo que —por haber sido dicho— se materializa, y es en este sentido que significa 'asunto, cosa'.<sup>5</sup> Allâh es el *ṣâhib al-amr*, aquel que está caracterizado por el imperativo (*amr*), porque su desear precede a su decir, que a su vez precede —sin alternativa— a la existencia de algo. Si la cosa existe es porque ha sido querida por Allâh, y no hay nada querido por Allâh que no exista. El idioma árabe en esto es muy expresivo: *cosa* (*shai'*) y *querer* (*shâ'a*) son palabras de la misma raíz. La *cosa* es un querer materializado, una voluntad que se ha abierto paso desde la nada a la existencia. Esto para el musulmán es emocionante; porque significa que nos relacionamos con el deseo de Allâh en la naturalidad misma de nuestros sentidos. Nos encontramos con Allâh en nuestra corporalidad. Somos donde se produce el encuentro.

Sigamos adelante y veamos otro Nombre de Dios en labios de Jesús. En alguna ocasión le llama «El Sustentador» (*Rabbâ*):

Porque Él es Uno (*Ḥad*), vuestro Sustentador (*Rabjon*).

Mt 23,8

<sup>5</sup> Los plurales varían: el plural de *amr* con el sentido de 'orden, mandato' es *awâmir*; el plural de *amr* con el sentido de 'asunto, cosa' es *umûr*.

Este nombre de *Rabbā* está lleno de enseñanza para quien quiera que se acerque a su raíz trilítera. El paredro de este término en árabe (*Rabb*) tiene varios significados. Alude, por ejemplo, a la propiedad, como en *rabb ad-dâr* ('dueño de la casa'): Allâh es nuestro dueño. Pero hay más. Por las expresiones *rabb aš-sabî* ('el que educa al muchacho') o en *rabb at-tifl* ('el que educa al niño') comprendemos que la raíz R-B-B se refiere a algo «que marca la dirección que una criatura habrá de llevar en su crecimiento».

Del mismo modo, tanto en hebreo como en arameo, la raíz correspondiente a *rabb* se usa a menudo con el sentido de 'crecer, madurar, multiplicarse'. En la Biblia —en hebreo— leemos: «Te hice *crecer con abundancia* como planta de campo» (Ez 16,7). Y en los Evangelios, en Mt 6,28, Jesús nos dice que observemos cómo *han crecido* los lirios del campo; en Mt 13,30, que permitamos que *crezca* la cizaña junto con el trigo hasta que llegue la hora de la siega; en Mt 13,32 se habla de que la semilla de la mostaza *creció grande*; y en la parábola del sembrador se dice que también hubo una semilla que cayó en tierra buena, y que se levantó y *creció* y dio frutos (Mc 4,8). Y no solo hablando de vegetales. Usando la misma trilítera aramea R-B-B, Lucas dirá que Juan «*crecía* y se fortalecía con el Espíritu» (Lc 1,80 y 2,40), y que «*crecía* en estatura, sabiduría, en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52), o que «Jesús llegó a Nazaret *donde había crecido*» (Lc 4,16). Tiene, por tanto, todo el sentido que Juan Bautista diga cuando conoce a Jesús: «*Es bueno que él crezca* para que yo disminuya.» (Jn 3,30)

El *Rabb* de la criatura es lo que le hace crecer, engrandecerse, llegar a su plenitud; es la guía invisible en su proceso de crecimiento hacia sí misma. Dios, como *Rabb*, es lo que

hace ser a una cosa lo que es. Esto quiere decir que en toda tu existencia no haces sino manifestar a Dios en tanto que Él es tu *Rabb* interior. Tú llegas a ser según Allâh te va haciendo ser. Tus ídolos no pueden darte nada, porque nada tienen que ver contigo. Los ídolos son esa manifestación de Allâh que te hace perder la naturalidad de la *fitra* (la naturaleza primordial) por la escasa vinculación que tienen contigo. El *Rabb* que te ha dado hechura no es un Señor extraño sino que es más tuyo que tú mismo. Cada pensamiento, cada movimiento, cada instante de calma es generado por tu *Rabb* interior, por tu naturaleza más íntima. El *Rabb* es la verdad última que te sirve de soporte y te sostiene. Y es, en tanto que te estructura, tu única experiencia de Allâh.